

Fenómeno, preconcepción y acción en Sexto Empírico

Manuel Vásquez Villavicencio
Universidad Simón Bolívar
Maestría en Filosofía
manuvasquez2005@gmail.com

Introducción

El presente trabajo es parte de una investigación en curso en torno al papel de la noción de vida ordinaria en la filosofía de Sexto Empírico. Su intención es esclarecer un componente importante de esta noción: las preconcepciones o προλήψεις. Para alcanzar tal fin, dividiré la presentación en cuatro partes: primero contextualizaré muy brevemente la figura y obra de Sexto Empírico. Luego me ocuparé de la *vexata quaestio* acerca de si es posible vivir sin ningún tipo de opinión, y por ende sin ningún tipo de conocimiento acerca del mundo, concentrándome específicamente en el argumento de la apraxia, uno de los ataques más antiguos contra el escepticismo en general, para tratar de mostrar que este argumento es insuficiente para desestabilizar la filosofía pirrónica y que más bien constituye una invitación a precisar ciertos términos y postulados escépticos. Finalmente introduciré la noción de preconcepción, destacando su función psicológica en las filosofías epicúrea y estoica, con el fin de obtener un fondo sobre el cual explicitar y contrastar el uso del término por parte de Sexto.

Contexto

Sexto Empírico fue un filósofo y médico que vivió probablemente alrededor de la segunda mitad del siglo II d.C. en algún lugar del mundo Romano. Como médico se decía *adscrito*, como su apelativo hace notar, a la escuela empírica, que únicamente aceptaba la guía de la experiencia, bien fuera propia o ajena, sin hacer mayores inquisiciones y derivaciones de tipo racionalista a la hora de ejercer la medicina. Como filósofo pertenecía a la corriente del escepticismo denominada *pirronismo*, fundada por Enesidemo de Gnosos, un ex académico, en el siglo I a.C., e inspirada en la figura cuasi mítica de Pirrón de Elide. Su tesis principal indicaba que es posible alcanzar la tranquilidad, fin último de esta filosofía, si el individuo atiende a lo que en cada caso se le muestra, sin agregarle nada, al tiempo que suspende el juicio respecto a la veracidad o falsedad de los asuntos sujetos a investigación filosófica.

De la obra de Sexto¹, que abarcaba temas de filosofía y medicina, se nos han conservado un trabajo filosófico completo, titulado *Esbozos pirrónicos*, dividido en tres libros, y dos mitades de dos trabajos distintos, también de carácter filosófico, que la tradición agrupó en un solo volumen conocido como *Adversus Mathematicos*, subdividido en once libros. Los temas presentes en estos escritos abarcan asuntos de ética, metafísica y epistemología, y constituyen uno de los mayores testimonios para la filosofía helenística en general, pues como se sabe, de este periodo sólo algunas obras afortunadas han sobrevivido, y aún los autores más reputados y estudiados del momento sólo han podido legar sus ideas por medio de fragmentos registrados por terceros, en muchos casos hostiles y tendenciosos. Por esta razón, hacer filosofía en base al pensamiento helenístico requiere como primer paso un ejercicio de reconstrucción, casi una arqueología de las fuentes disponi-

¹ En este trabajo citaré las obras de Sexto usando las siguientes abreviaturas: HP para *Esbozos pirrónicos*, y M para *Adversus Mathematicos*, los números romanos que siguen a estas abreviaturas corresponden al libro dentro del tratado y el número arábigo al apartado dentro del libro. La traducción de los pasajes citados es del autor.

bles. El caso de Sexto parece a primera vista distinto, pues al menos un volumen completo de sus obras y la mitad de otras dos han llegado hasta nosotros. Pero esto no es más que apariencia, pues debido a la postura filosófica que Sexto asume, su discurso es en la mayoría de los casos elusivo, y casi nunca llega a ser realmente explícito en cuanto a su propia filosofía se refiere, sin por esto dejar de ser valioso. Por eso su estudio no resulta menos necesitado de reconstrucción que el de sus pares de las escuelas estoica o epicúrea por ejemplo.

La tradición sólo menciona a un tal Saturnino de Citénada como discípulo de Sexto Empírico y último representante del pirronismo. La obra de Sexto dormirá en un aparente olvido hasta ser reintroducida en el panorama filosófico de occidente a finales del siglo XVI, a través de una traducción al latín, dejando sentir una influencia notable en la filosofía moderna a través de figuras como Montaigne o aún Descartes, e impactando todavía en la filosofía más reciente a través de Wittgenstein y otros filósofos menos conocidos.

Problematización

En la antigüedad, relativistas, cirenaicos y escépticos, ya fuesen de filiación pirrónica o académica, fueron acusados de apraxia. La acusación presentaba dos vertientes: por un lado se señalaba que los postulados filosóficos de estas escuelas excluían la posibilidad de realizar cualquier tipo de acción; por otro se aseveraba que, dado que los seguidores de estas filosofías actuaban, resultaban inconsistentes y sus filosofías vacuas y sin sentido, ya que no tenían ningún efecto en la vida de quien las practicaba.

En el caso de los escépticos pirrónicos la tesis más cuestionada era la suspensión del juicio o ἐποχή, la cual hacían consistir en una actitud mental de no rechazar ni afirmar la veracidad o falsedad de nada (HP I, 10). Los pirrónicos decían mantenerse a la vez perplejos y en continua investigación alrededor de lo verdadero, pero cediendo ante la fuerza de lo que se les hacía patente en cada caso. Cuando Sexto Empírico señala en los primeros apartados de sus *Esbozos Pirrónicos* (HP

I 21) el criterio o canon que guía el quehacer filosófico de su grupo, divide el asunto en dos aspectos bien definidos: por un lado habla de un criterio de verdad y por otro de un criterio para la vida ordinaria. Respecto al primero se dice perplejo e incluso en HP II 18 y siguientes mostrará que su misma existencia puede ser cuestionada. En relación al segundo se declarará seguidor de lo que se muestra, τὸ φαινόμενον, de acuerdo a la observancia práctica de la vida ordinaria (HP I 24). Ésta es caracterizada por Sexto en cuatro aspectos: primero la indicación o guía natural, por la que se es capaz de percibir y pensar, segundo el apremio de las pasiones, por el cual, por ejemplo, el hambre lleva a comer y la sed a beber, tercero el legado de leyes y costumbres, mediante el cual, por ejemplo, se acepta que la piedad es buena y la impiedad mala, y, finalmente, el aprendizaje de las artes, mediante el cual no se permanece inactivo respecto a las artes que se aprende. Igualmente, en M XI 166, Sexto afirma que el escéptico pirrónico vive de acuerdo a la observancia práctica a filosófica de la vida ordinaria. Pero, ¿en qué consiste realmente atenerse a la vida ordinaria? Y, ¿esta observación de la vida ordinaria no violenta la suspensión del juicio, dando razón a los acusadores que esgrimen la apraxia como destino final del escéptico cabal? Existen varias interpretaciones al respecto, aunque la mayoría, a mi parecer, se ha limitado a proponer un alcance unas veces extenso, otras restringido, de lo que sería una creencia para un escéptico, al tiempo que ponen y quitan valor epistemológico a lo que Sexto llama τὸ φαινόμενον, lo que se muestra.

A mi parecer, y en esto sigo con matices a Michael Frede (Frede 1998), la interpretación que más se adecúa tanto a lo que Sexto argumenta en sus obras como a una vida humana común, tanto en el siglo II D. C. al igual que ahora, consiste en reconocer que los seres humanos nos aproximamos de distintas maneras a nuestra realidad; podemos unas veces preguntarnos si el movimiento existe y otras salir a correr para ejercitarnos sin ningún tipo de inconveniente, más aún, somos capaces de relacionarnos con los objetos más variados unas veces como fabricantes, otras como teóricos en medio de una pesquisa y otras como simples usuarios. El peligro está cuando uno de estos modos de relación pretende unirse como señor de los otros y

aplicarles sus reglas y requerimientos; esto parece ser un componente esencial de lo que Sexto denomina dogmatismo. En este sentido, Sexto reclama a la filosofía acusada por él de dogmática, cierta intromisión, cierta alteración de la relación que los individuos tienen con el modo en que el mundo se les presenta en cada caso. En M XI 167 Sexto afirma que el escéptico no carga la realidad con pesos adicionales, sino que se contenta con asumirla tal cual se le presenta. Esto que he llamado pesos adicionales, son denominados por Sexto dogmas y constituyen los cimientos de cualquier edificio filosófico tradicional. Jonathan Barnes (Barnes 1998) ha probado que la significación de este término en la obra de Sexto, y en el pensamiento griego en general, sugiere creencias de tipo doctrinario, las cuales tienen una estructura y unas pretensiones epistemológicas muy peculiares, distintas a las posiciones de las que nos valemos comúnmente en la vida ordinaria.

Para entender esto mejor, debemos considerar al menos esquemáticamente lo que Sexto entiende por βίος, vida ordinaria. La evidencia textual sugiere que cuando Sexto habla de βίος, se refiere a un espacio existencial dotado de la mayor inmediatez para cada individuo, constituido por una serie de presentaciones, τὰ φαινόμενα, ante las cuales el individuo ejerce un conjunto de disposiciones que les son tan naturales como los órganos de su cuerpo. Lo que he llamado disposiciones puede en alguna de sus instancias ser denominado creencias o convicciones, es decir estados mentales que pretenden reflejar cierto saber acerca del mundo, cuya connaturalidad y disponibilidad para el individuo las distingue de cualquier dogma doctrinario. La inmediatez de estas disposiciones, que a partir de aquí denominaré prácticas, consiste en su patencia, pues el escéptico establece un compromiso con la realidad, sometiéndose a la fuerza de lo que se le muestra, aceptando el valor epistemológico que esa presentación le sugiere. Este resultado echa por tierra el argumento de la apraxia, pues para el escéptico su filosofía, en cuanto puede tener de positiva, es un llamado a seguir la vida ordinaria, suspendiendo el juicio respecto a las creencias doctrinarias de la filosofía por él denominada dogmática.

Si bien hasta ahora me he centrado en el término βίος como núcleo de lo que he venido llamando vida ordinaria, es preciso decir que en

la obra de Sexto existe un conjunto de términos, o si se quiere momentos analíticos, sin los cuales es imposible dar sentido específico a esta noción, como son τὰ φαινόμενα, lo que se muestra, τὰ παθή, las afecciones y emociones, αἱ πρόληψεις, las preconcepciones, ἡ βιωτικὴ τήρησις, la observancia práctica de la vida ordinaria y otros semejantes. En este trabajo escudriñaré el sentido de αἱ πρόληψεις, que he venido traduciendo como preconcepciones, dentro del planteamiento de Sexto para mostrar cómo era posible para los pirrónicos dar noticia de buena parte de esto que hemos llamado disposiciones prácticas dentro de la vida ordinaria.

1. Preconcepción: epicúreos y estoicos

En la antigüedad se debatió ampliamente cómo era posible que un individuo poseyera ciertos conocimientos que parecen anteceder y aún ser imprescindibles para cualquier experiencia y cualquier ejercicio cognoscitivo. Platón plasmó la cuestión en la conocida paradoja del Menón (80 d y siguientes) y ofreció como solución su teoría de la reminiscencia. Por su parte, Aristóteles, reconoció la existencia y necesidad de conocimientos previos, pero a diferencia de Platón los basó en la capacidad discriminadora de la percepción como inicio de la ruta de acceso a las esencias de los objetos, a través de la experiencia y la acción del intelecto. En el helenismo este debate siguió vivo pero tomó un cariz diferente: por una parte, el centro de la cuestión se colocó en explicar los conocimientos más simples y ordinarios, a diferencia de Platón y Aristóteles, quienes habían dirigido sus esfuerzos hacia las etapas más elevadas del conocer; por otra parte, se enfatizó la importancia de la percepción, la memoria y la experiencia, y se dejó de lado tanto la reminiscencia platónica, basada en existencias previas del alma, como el recurso aristotélico a esencias derivadas de la acción del intelecto. En medio de este debate surgió el término πρόληψις, que aquí traduzco como preconcepción. Existe consenso en que fue introducido por Epicuro, de quien pasó a estoicos, académicos y pirrónicos. Si bien hay diferencias en la manera como el término

se desarrolló en cada una de estas filosofías, conservó en todas ellas, y luego en su paso al lenguaje ordinario, cierta unidad en la función psicológica que le fue asignada desde el inicio: ser el primer nivel de generalización necesario para cualquier captación de objetos y constitución de experiencias, caracterizado por la patencia e inmediatez de su manifestación, que el individuo experimenta casi pasivamente. Es un saber que se actualiza ante una presentación, sea estrictamente sensorial como reconocer que aquello que se ve a lo lejos es una vaca y no un caballo, o ante estímulos lingüísticos como cuando pronuncio la palabra hombre y de inmediato ustedes se figuran el referente de ese vocablo, porque están familiarizados con él debido a que la memoria ha registrado los múltiples encuentros que han tenido con hombres y ha generado una preconcepción.

El origen de las preconcepciones es fundamentalmente empírico, resultado de la repetida interacción entre mundo e individuo, la cual permite constituir una impronta, crear o desarrollar una disposición para reconocer y dar sentido similar a objetos o estados de cosas particulares. La característica más interesante de este origen es que sólo se aceptaba como preconcepción las nociones que se daban sin enseñanza sistemática formal o esfuerzo y atención particular por parte del individuo. Este modo de darse era denominado φυσικῶς, es decir natural, aunque existen diferencias en la comprensión que cada escuela sostuvo de este término, pues los epicúreos, por ejemplo, lo relacionaban únicamente con la vinculación con la percepción y la memoria, fuera de toda instrucción, pero los estoicos, que tenían una concepción teleológica de la naturaleza, agregaban que el individuo tiene cierta disposición a partir de su constitución natural para desarrollar, a través de la repetida percepción y consecuente ejercicio de la memoria, ciertas preconcepciones, como las del bien, la justicia, dios y otras por el estilo.

Es frecuente encontrar en los testimonios del término προλήψις el adjetivo κοινός, común, haciéndole compañía. La razón es que tanto epicúreos y estoicos como pirrónicos, según veremos más adelante, entendieron que las preconcepciones tienen cierto carácter compartido para los individuos que las poseen, si bien no en el mismo sentido.

Por su parte, los epicúreos vincularon las preconcepciones al lenguaje, dejando entender que cualquier usuario medianamente competente del mismo tiene la preconcepción correspondiente a cada término que maneja, fruto del encuentro fidedigno entre los objetos y el individuo a través de la percepción, pues para ellos esta última es siempre verídica. Así, la palabra perro, por ejemplo, tiene un referente que no puede ser sino el que es, pues la verdad de la percepción le respalda; si cuando decimos perro hacemos referencia al mismo tipo de ente es porque tenemos una preconcepción común. El caso de los estoicos es distinto, de nuevo a causa de su concepción teleológica del cosmos; para ellos el adjetivo común referido a preconcepciones y nociones en general, se refiere a las preconcepciones de las que existe una simiente en el individuo debido a su constitución y que además pueden desarrollarse y articularse lingüísticamente a través del ejercicio filosófico.

Por último, quisiera destacar la función que epicúreos y estoicos asignan a las preconcepciones dentro de sus filosofías, pues, como veremos en el siguiente apartado, difieren notablemente del planteamiento de Sexto Empírico. Los epicúreos asignaban a la preconcepción tres funciones dentro de su filosofar: ser fundamento del lenguaje, como apuntamos anteriormente; fungir como principio indemostrable del que debía partir toda investigación, so pena de un retorno al infinito; y actuar como medio de confirmación o criterio de verdad. Para los estoicos, eran igualmente criterio de verdad, gracias a la inmediatez de su patencia, pero sobretodo constituían la materia prima a refinar a través del ejercicio filosófico, con el fin de alcanzar las llamadas por ellos nociones comunes, que eran las preconcepciones naturales debidamente desarrolladas, explicitadas y articuladas.

2. Preconcepción en Sexto Empírico

La estrategia interpretativa que pretendo seguir consistirá en asumir que Sexto comparte la función psicológica básica de las preconcepciones, reflejada en el sentido mínimo que el uso del término *προλήψις* por parte de cualquier hablante del griego de su época dentro de un discurso

coherente permite suponer. El esfuerzo radicará en mostrar los aspectos que enriquecen y distinguen su visión frente a los planteamientos de epicúreos y estoicos.

Sexto usa el término *preconcepción* unas 22 veces a lo largo de toda su obra conservada. Los usos pueden agruparse en dos categorías: *doxográficos* y *propios*. Como es de esperarse debido al talante de su argumentación, la primera categoría es la más extendida. Pero existen al menos cuatro textos en los que Sexto deja ver el papel que la *preconcepción* juega en su filosofía, así como diferencias marcadas con rasgos asignados a la *preconcepción* por estoicos y epicúreos. Los textos a los que me refiero son (A) HP I 210.3 - 212.1, (B) HP II 246, (C) M VIII 156 - 158 y (D) M XI 160 - 167.

En (A) Sexto discute con los que afirman que el *pirronismo* es similar a la filosofía de Heráclito, porque los escépticos dicen que los contrarios se muestran respecto de lo mismo. A este argumento Sexto responde que los *pirrónicos*, los demás filósofos y todos los hombres, lo hacen, y deja ver que lo hacen más por su constitución particular de hombres que por otra cosa. Cito:

Ninguno, en efecto, podría decir que la miel no endulza a los que están sanos o que no amarga a los ictericos, de modo que a partir de las preconcepciones comunes de los hombres parten los Heracliteanos, nosotros, pero igualmente el resto de los filósofos (HP I 211).

Es preciso destacar la significación particular del término *κοινός*, común, en este contexto: en principio Sexto da impresión de relacionar el término con una respuesta debida a una condición compartida, es decir, si se está sano o enfermo no puede tenerse otra *preconcepción* que la que corresponde a este estado, y lo común será consecuencia de una participación en un estado particular. Esta interpretación adquiere respaldo en textos como M XI 68 - 69, donde Sexto afirma, en contra de los estoicos, que no existe ninguna *preconcepción* común de bien y mal pues si existiera tal cosa, debería ser la misma para todos los hombres. Esto difiere tanto de la visión epicúrea como de la estoica. Desde la posición de los epicúreos pudiera argumentarse que las

preconcepciones comunes corresponden a aquellas de un ser humano sano, y los estoicos podrían decir que a las de uno bien desarrollado, pero esto no haría sino dejar ver aún más la diferencia en el rasgo de comunidad otorgado a las preconcepciones por las diferentes escuelas helenísticas.

En el mismo pasaje (A), Sexto habla de las preconcepciones como material compartido por todos los hombres, filósofos y no filósofos, si bien cada cual hace con ellas algo distinto. Como comentamos en el apartado anterior, para epicúreos y estoicos las preconcepciones son la base y criterio de comprobación para desarrollos filosóficos, pero para los pirrónicos constituyen un componente estructural del modo en que el mundo se le presenta a cada uno en cada caso. Esto se observa mejor en el texto (B), donde Sexto narra la siguiente anécdota ocurrida a Herófilo el médico: una vez Diodoro el dialéctico se dislocó el hombro y fue a ver a Herófilo para que lo tratara. Este con sorna se burló de él diciendo: «el hombro se ha dislocado o estando en el sitio en el que estaba o en el que no estaba; pero ni en el que estaba ni en el que no estaba; luego no se ha dislocado» ante lo cual el sofista le rogó que dejara esos argumentos y lo tratara, apegándose a la patencia de su dolor. Sexto se vale de esta anécdota para concluir, cito:

Pues es suficiente, pienso, el vivir de acuerdo a las observancias prácticas comunes y a las preconcepciones, basándose en la experiencia y sin tesis filosóficas, declarándonos perplejos acerca de las cosas que se dicen a partir de las sutilezas de los dogmáticos y muy alejadas de la utilidad cotidiana (HP II 246).

Dejando ver de este modo que concibe su filosofía como un ejercicio de acercamiento a la cotidianidad. El siguiente texto, (C), referido a la existencia del signo indicativo, es muy claro al respecto, cito:

No estamos en conflicto con las preconcepciones comunes de los hombres, ni aniquilamos la vida ordinaria, al decir que nada es signo, como algunos nos acusan falsamente. Pues si anuláramos todo signo, quizá estaríamos en conflicto con la vida ordinaria y

con todos los hombres; pero en cambio opinamos de este modo: asumiendo el fuego a partir del humo, una antigua úlcera de una cicatriz, la muerte de una herida en el corazón, unguento de una cinta colocada en la cabeza. Ya que en efecto aceptamos el signo conmemorativo, del cual necesita la vida ordinaria, pero anulamos el «indicativo» estimado falsamente por los dogmáticos (MVIII 156).

Finalmente, en (D), Sexto deja ver otra diferencia, tal vez la más marcada, entre su comprensión de las preconcepciones y las de epicúreos y estoicos. El texto se enmarca en la discusión en torno a si es posible vivir felizmente al asumir que existen bienes y males por naturaleza, y deja ver cómo para Sexto el origen de la preconcepción no es tan restringido como en las otras escuelas, pues la enseñanza de las leyes y costumbres genera preconcepciones, es decir, que para Sexto hechos culturales complejos intervienen en el modo como el mundo se presenta ante el escéptico con una patencia cercana a la de la percepción. Dice, cito:

No comprenden que el escéptico no vive conforme el discurso filosófico, pues respecto a este permanece inactivo, sino que de acuerdo a la observancia práctica afilosófica puede elegir unas cosas y rechazar otras. Pues al ser obligado por un tirano a hacer algo prohibido, por la preconcepción originada conforme a las leyes patrias y las costumbres, elegirá o rechazará hacerlo por azar. Y sufrirá con calma la pena en comparación con el dogmático, porque nada extraño le agrega a ésta como aquel (M XI 165 – 167).

Como colofón de este trabajo, me gustaría señalar, como deja entrever el texto (D), que para Sexto las preconcepciones que cada individuo tiene están sujetas a contingencia, pero no al modo de los estoicos, de acuerdo al cual tenemos por naturaleza un conjunto definido de preconcepciones que pueden desarrollarse o no debido a la influencia del entorno, sino algo más cercano a la visión epicúrea; una contingencia fundada sólo en la diversidad de experiencias posibles para los individuos en los diversos entornos donde florece la humanidad. Este

carácter contingente no elimina la dimensión natural de las preconcepciones, sino más bien les otorga a los hechos culturales el mismo nivel de patencia tradicionalmente reconocido para hechos netamente biológicos.

RESUMEN

Sexto Empírico afirma que el escéptico vive atendiendo a lo que se muestra, τὸ φαινόμενον, en conformidad con la observancia práctica de la vida ordinaria, κατὰ τὴν βιωτικήν τήρησιν, sin dogmatismos, ἀδοξάστως (HP I, 23). Igualmente, que el escéptico no vive en conformidad con el discurso filosófico, κατὰ τὸν φιλόσοφον λόγον, pues respecto a éste permanece inactivo, ἀνεέργητος, pero es capaz de elegir unas cosas y rechazar otras en conformidad con la observancia práctica a filosófica, κατὰ τὴν ἀφιλόσοφον τήρησιν (M XI, 165). Esta parece basarse en no agregar a lo que se muestra ninguna creencia filosófica adicional, οὐδὲν ἔξωθεν τούτῳ προσδοξάζει (M XI, 166). En este contexto ha sido tradicionalmente problemático el alcance del término ἀδοξάστως. Este artículo busca aclarar la noción de preconcepción (προλήψις) en la obra de Sexto Empírico, para poner de manifiesto la posibilidad de acción consistente con los postulados de la filosofía escéptica tal como él los presenta.

Palabras clave: acción, fenómeno, escepticismo, preconcepción, Sexto Empírico, vida ordinaria.

ABSTRACT

Sextus Empiricus claims that the skeptic lives attending to what is shown, τὸ φαινόμενον, in accordance with the practical observance of ordinary life, κατὰ τὴν βιωτικήν τήρησιν, without dogmatism, ἀδοξάστως (HP I, 23). He also affirm that the skeptic does not live in accordance with philosophical discourse, κατὰ τὸν φιλόσοφον λόγον, for with regard to it the skeptic remain inactive, ἀνεέργητος, but is capable to choose some things and reject others in accordance with the practical nonphilosophical observance, κατὰ τὴν ἀφιλόσοφον τήρησιν (M XI, 165). This seems to be based on not add to what's shown additional philosophical belief, οὐδὲν ἔξωθεν τούτῳ προσδοξάζει (M XI,

166). In this context has been traditionally problematic the scope of the term ἀδοξάστως. This article seeks to clarify the concept of preconception (προλήψις) in the work of Sextus Empiricus, and to highlight the possibility of action consistent with the principles of the skeptical philosophy as he presents them.

Key words: action, phenomenon, skepticism, preconception, Sextus Empiricus, ordinary life.

BIBLIOGRAFÍA

- Barnes, J. (1998). The Beliefs of a Pyrrhonist. En *The Original Sceptics*, Burnyeat, M. y Frede, M. (eds.). Indianapolis: Hackett Publishing Company, Inc.
- Frede, M. (1998). The Sceptics's Beliefs. En *The Original Sceptics*, editado por Myles Burnyeat y Michael Frede. Indianapolis: Hackett Publishing Company, Inc.
- Sexto Empírico (1912; 1914; 1961). *Sexti Empirici Opera*, Vols. 1, 2 y 3. Mutschmann, H. (ed.). Leipzig: Teubner.